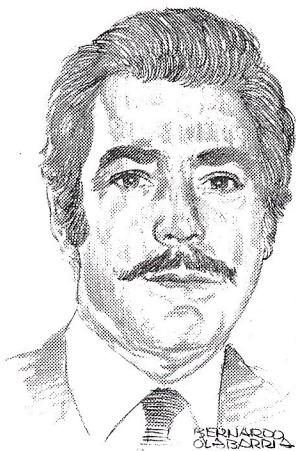


La Cumbre de la Tierra

JUAN
DIEZ
NICOLÁS



Juan Díez Nicolás
es Catedrático de Sociología
de la Universidad Complutense
de Madrid

Resulta inevitable comentar la **Cumbre de Río**, ya que representa la segunda ocasión en que, después de veinte años, todos los países del mundo se han reunido para intentar dar respuesta, con el máximo nivel de representatividad, a los graves **problemas medioambientales** que amenazan a todos los seres humanos, desarrollados o no, de una u otra ideología.

La situación mundial, sin embargo, ha cambiado mucho en estos veinte años, desde la **Conferencia de Estocolmo** de 1972 de la que **López Rodó** sorprendió a los españoles montando en bicicleta. Parece innecesario recordar que el cambio experimentado ha ido a peor, hasta el punto de que a ningún alto representante se le ha ocurrido esta vez bromear con **bicicletas** ni con ninguna otra cosa.

La Conferencia de Estocolmo se celebraba cuando, después de una década de desarrollo generalizado y de optimismo en que el **desarrollo** continuaría en todas partes, algunas voces comenzaban a resaltar las consecuencias **negativas**, para el medio ambiente global mundial, de ese desarrollo económico. Pero todavía se creía en que se estaba en camino de reducir las diferencias económicas y sociales entre países y dentro de cada país, todavía no se había publicado el primer informe al **Club de Roma** (el informe **Meadows** sobre los límites al crecimiento), y todavía no se había producido la primera crisis del petróleo (la de 1973).

La Cumbre de Río no se ha celebrado, como la de Estocolmo, bajo la sospecha de que el crecimiento económico podía provocar problemas medioambientales globales, sino que se ha celebrado bajo la certeza de

que esos problemas ya se han provocado, y que se agravarán progresivamente si no se toman ya medidas **drásticas**. Pero si entonces, cuando se estaba todavía en situación de creciente desarrollo, no se adoptaron medidas eficaces, difícil era pensar que se tomarían ahora, cuando todos los países, incluso los más desarrollados, se enfrentan a problemas de **paro e inflación** hasta ahora desconocidos. Ya no se espera una reducción de las **desigualdades**, sino que se tiene la evidencia de que éstas están aumentando, entre **países** y dentro de cada país.

En la actualidad, mucho más que **hace 20 años**, se sabe con certeza que la **Tierra** está **amenazada**, pero la decisión para adoptar las medidas que serían necesarias es mucho más débil, pues los Gobiernos de los países desarrollados no quieren realmente enfrentarse a sus **electorados** con decisiones que habrían de ser impopulares, y los Gobiernos de los países menos desarrollados, intermediarios de la ayuda internacional para el desarrollo, no suelen utilizar ésta para los fines previstos.

El ciudadano de a pie asiste así, con cierto **estupor**, a una información creciente sobre la peligrosa situación del **planeta**, y a una falta de liderazgo para adoptar las decisiones necesarias. Pero el ciudadano de a pie tampoco está exento de responsabilidad, pues tampoco está dispuesto a hacer **sacrificios** ni a practicar de manera eficaz la solidaridad humana, ni exige como debiera responsabilidades a sus **líderes**. Vista desde otro planeta, la situación no podría sino ser calificada de suicidio colectivo confirmando la frase que ya se hizo famosa en la **Conferencia** de 1972, "comamos, bebamos y disfrutemos, que mañana **moriremos**".